

mil hombres, y levantó fortalezas que pusieron á cubierto las fronteras de su Estado.

Al verse en posesión de fuerzas tan extraordinarias, Mehemed-Alí solicitó de Mahmud que le cediese la Siria: el Sultán se limitó á confirmarle en la posesión de Creta, lo que no era darle nada, por hallarse de antiguo comprendida esta isla en el pachicato de Egipto. El pachá se quejó en términos poco respetuosos; Mahmud le respondió con dureza, y Ali le replicó que nada le debía. Por estos pasos se llegó á la guerra, que Mehemed-Alí declaró, á pretexto de que el pachá de San Juan de Acre diera asilo á algunos fugitivos súbditos suyos. Su hijo Ibrahim invadió la Siria, en Octubre de mil ochocientos treinta y uno, con treinta mil soldados, cincuenta cañones y diez y nueve morteros, con dirección á San Juan de Acre. El Sultán castigó semejante audacia destituyendo á Mehemed-Alí y nombrando para sucederle á Hussein Pachá, bajo cuyas órdenes puso, en el mes de Marzo siguiente, un fuerte ejército. Pero Ibrahim entró triunfante en Damasco, el diez y ocho de Junio de mil ochocientos treinta y dos; diez días después, tomó á San Juan de Acre; el catorce de Julio, ocupó á Alepo, y siguiendo adelante, derrotó en Beylan á Hussein-Pachá, y el treinta y uno de Julio, se apoderó de Antioquia. Dueño de toda la Siria, pasó el Tauro, y en Koniech ganó, el veintiuno de Diciembre, una gran batalla, que le abrió el camino de Constantinopla. «La capital, decía á su gobierno el representante de Austria en Turquía, está á merced de los vencedores: una intervención, por pronta que sea, no podrá salvarla, ni proteger el trono vacilante del Sultán.... El único recurso que á éste le queda es aceptar las proposiciones que imponga Mehemed Ali».

En circunstancias tan graves, el Sultán volvió los ojos al Czar escribiéndole una carta autógrafa, base de un despacho que luego envió á las potencias amigas, y en el que, después de fijar la situación de la Puerta, decía: «El Califa reconoce la necesidad de impetrar el auxilio inmediato de Rusia. En esta atención, el *reiseffendi* ha remitido á nuestro ministro una nota, en la que reclama el envío de una escuadra con cuatro ó cinco mil hombres de desembarco y un cuerpo de veinticinco á treinta mil hombres, que desde las orillas del Danubio marche á la defensa de la capital». Nada podía ser más grato al czar Nicolás que intervenir en aquellos negocios, de los cuales esperaba sacar excelente provecho. De esta suerte, y por sus pasos contados, se planteaba en toda su gravedad la cuestión de Oriente, prevista por la diplomacia, tratada muchas veces de soslayo, amenazadora para el equilibrio europeo y que por esto se había procurado eludir constantemente. Autorizado por el tratado de Andrinópolis, que Europa había reconocido y autorizado, Nicolás aprestó un ejército, que acampó en la orilla asiática del Bósforo, y ordenó al almirante Gresgh que hiciera rumbo con la escuadra hacia dicho estrecho. Ante estos movimientos, todas las potencias se alarmaron. Austria pidió explicaciones al gabinete de San Petersburgo, obteniendo la declaración de que Rusia no pensaba engrandecerse por el lado de Turquía; Francia, amiga de Mehemed-Alí y de Mahmud, encaminó sus gestiones á que

Ibrahim-Pachá detuviera su marcha, y lo propio hizo Inglaterra, aunque sin tener los mismos motivos que su rival. Los intereses de estas tres potencias eran muy diversos. Austria, fronteriza de Turquía, aspiraba, en nombre del equilibrio europeo, si llegaba el caso del reparto, á tomar de las provincias otomanas tanto al menos como pudiera llevarse Rusia; Inglaterra quería mal á Mehemed-Alí, por considerarle un estorbo para sus comunicaciones con Oriente, y Francia, por sus relaciones con el pachá egipcio y por los intereses que le inspiraba la antigua patria de los Ramses, había dejado enfriar no poco sus antiguas amistades con la Gran Puerta, viniendo á ser como la amparadora y aliada del virrey de Egipto.

No obstante estas diferencias de intereses, Francia, Austria, Inglaterra y Rusia se entendieron, y de común acuerdo, el gobierno francés se dirigió á Mehemed-Alí en estos términos: «Las hostilidades entre las dos partes beligerantes deben cesar por mar y por tierra; Ibrahim-pachá evacuará las partes del imperio Otomano que, al hacerse la paz, habrán de restituirse al Sultán; la flota rusa dejará las orillas del Bósforo; Mehemed-Alí tendrá la investidura de los distritos de San Juan de Acre, Jerusalén y Trípoli; mas debiendo reconocer al sultán como soberano, prestarle juramento de fidelidad y obedecer sus órdenes como en el pasado; la Puerta facilitará la marcha retrógrada del ejército egipcio; el gobierno francés se obliga á emplear toda su influencia para concluir, entre Mahmud y Mehemed-Alí, una convención que asegure la paz de modo estable y permanente». A esta nota, de que se envió copia á Ibrahim, contestó éste en francés diciendo, entre otras cosas: «¿En virtud de qué derecho exigís de mí semejante sacrificio? Dueño de tantas comarcas, victorioso en tantas partes, cuando ya la opinión pública me prometía la posesión de toda Siria, detuve la marcha de mis tropas para dar tiempo á consultar las disposiciones de la política europea.... Confío en que Francia ó Inglaterra no rehusarán hacerme justicia y reconocer mis derechos». Mehemed-Alí quería toda la Siria y parte de la cuenca del Trigis y del Eufrates. Sin más explicaciones, Ibrahim continuó avanzando el veinte de Febrero de mil ochocientos treinta y tres. Ante esta resolución, la flota rusa ancló delante del palacio del Sultán; en los primeros días de Abril, doce mil soldados rusos acamparon en Constantinopla y Scutari, y hacia estos puntos marchaba todo el cuerpo de ejército de Moldavia, fuerte de veinticuatro mil hombres. Alarmadas Austria ó Inglaterra, se unieron estrechamente á Francia, no para hacer armas contra Ibrahim, sino para reducir á Mahmud á otorgar al virrey lo necesario para satisfacerle. El Sultán cedió, contando con el beneplácito de Rusia, y el cinco de Mayo de mil ochocientos treinta y tres se firmó la paz en Kutayeh, abandonando el soberano turco á Mehemed-Alí todo lo que éste había pedido, la Siria entera y el distrito de Adana. Nicolás ó Ibrahim retiraron sus fuerzas.

Al retirar sus tropas de Constantinopla, Nicolás se dejó abierto el camino para volver

á ella cuando le pluguiese, firmando con Mahmud el tratado de *Uukiar-Shelessi*, el ocho de Julio del mismo año, por el que las dos potencias se unían por ocho años en alianza ofensiva y defensiva, poniéndose cada una á disposición de la otra para defenderla de cualquier peligro interior ó exterior. La noticia de este tratado, cuyo secreto no tardó en romperse, volvió á alarmar á las potencias occidentales, Francia é Inglaterra; pero las seguridades que dió el gobierno de San Petersburgo de no agrandar sus dominios á expensas de Turquía las tranquilizó, dejando á la diplomacia el arreglo de las cuestiones que pudieran surgir. No tardó en presentarse una de éstas, y de carácter bien grave. Habiendo puesto el gobierno francés á disposición del sabio Tessier el pequeño barco de guerra *La Mesange*, para continuar sus investigaciones arqueológicas á lo largo de las costas del mar Negro, el almirante Rusim, al pedir á la Puerta el firmán correspondiente, recibió por respuesta que, con arreglo al tratado de *Unhiar-Shelessi*, la navegación por el Estrecho estaba prohibida á todo barco de guerra que no fuese ruso; y en efecto, por un artículo secreto de dicho tratado, la Puerta se había obligado á cerrar los Dardanelos á los enemigos del Czar. Esta cláusula pone de manifiesto la profunda astucia del gabinete ruso que, no pudiendo en virtud de ella ser atacado por el mar Negro, ni por tierra, á causa de haberse de atravesar toda Alemania, ni casi por el Báltico, cuyos hielos impiden la navegación la mayor parte del año, quedaba de hecho invulnerable. Con esto, Rusia podía atreverse á todo contra el Occidente; el equilibrio europeo, por el que tanto se había trabajado, estaba roto. Razón tuvieron las potencias occidentales para irritarse. El gabinete de Londres declaró, por boca de Palmerston, que había que atravesar los Dardanelos á todo trance, si preciso fuere, á cañonazos; hacer una enérgica guerra marítima, y quemar la escuadra rusa. Abundando Francia en los mismos sentimientos, las dos naciones acordaron, mientras disponían todo género de armamentos, «que si no se les daban explicaciones satisfactorias, no tendrían en cuenta el tratado particular entre Rusia y la Puerta y sus escuadras reunidas pasarían los Dardanelos, para mantener el derecho público de los pueblos.» Por sus antiguas amistades con la Puerta, Francia fué la encargada de expresar sus quejas á Rusia y Turquía intimándoles que, si llegara el caso, obraría como si dicho tratado no existiese; á lo que contestó el gobierno ruso manifestando suma estrañeza por las inquietudes de Francia é invocando el derecho á regular sus relaciones con uno de sus íntimos aliados. Austria, aunque también contrariada, no se atrevió á tomar una actitud resuelta contra Rusia, de cuya amistad esperaba sacar provecho, y se ofreció como mediadora. Entendidas en principio las cinco grandes potencias, comenzó larga y enojosa serie de negociaciones, comunes unas y otras particulares de nación á nación, en las que cada una, fuera del propósito común de evitar la guerra, perseguía su fin particular: Rusia, sacar adelante su derecho á ser protectora exclusiva del Gran Turco; Austria, compartir con Rusia el protectorado sobre la Puerta;

Inglaterra, sostener la soberanía del Sultán y dominar á Mehemed-Ali, de quien decía Palmerstón, que tenía en su bolsillo la llave de los almacenes de las Indias; Francia, en fin, ayudar á Mehemed-Ali, de conformidad con las grandes simpatías que éste tenía entre los revolucionarios franceses.

A complicar los trabajos de la conferencia vinieron nuevos acontecimientos, determinados por la situación en que quedaron los asuntos de Egipto y Turquía. Los rigores administrativos de Ibrahim en Siria provocaron una sublevación; Mahmud la protegió en secreto, y á fin de arrancar del poder del feroz pachá algunas comarcas de la izquierda del Éufrates, que indebidamente retenía, envió una expedición. La conferencia intervino, y las hostilidades no pasaron adelante. Pero como Mehemed-Ali siguiera aumentando sus fuerzas de mar y tierra y no pagara el tributo al Turco, el Diván reclamó, y entonces, el rebelde servidor solicitó que se declarase hereditario su cargo de pachá. La pretensión era grave. Francia no podía apoyarla abiertamente, dada su participación en la conferencia; pero tampoco le era factible combatirla: doble política que autorizó al Sultán á reconvenirla diciéndole: «Protégeme contra el pachá; no favorezcas bajo mano sus reclamaciones.» En cambio, Inglaterra, que no ocultaba su afecto á Mahmud ni su desamor á Egipto, aprovechándose de las circunstancias, consiguió de aquél, el tres de Julio de mil ochocientos treinta y ocho, un convenio, por el que se confirmaban todos los privilegios hasta entonces otorgados á los súbditos ingleses; se permitía á éstos comprar en todos los dominios del imperio otomano cualquier clase de productos, brutos ó manufacturados, y exportarlos libremente, declarándose abolidos, á este efecto, los monopolios que pesaban sobre la agricultura y demás industrias; se obligaban los negociantes ingleses á pagar los mismos tributos que pagaban los súbditos turcos por razón de compras y ventas, y Turquía se comprometía á asegurar la libertad de tránsito de las mercaderías compradas por ingleses y el paso de sus buques por el Estrecho. Francia perdió por este tratado la exclusiva que de hecho tenía en el imperio otomano, en materias comerciales. Con tal afán perseguía Inglaterra ésta su política mercantil, que, el mismo día tres de Julio de mil ochocientos treinta y ocho, firmaba con Austria un tratado muy semejante al anterior é igualmente inspirado en el radicalismo librecambista. Creía Inglaterra que, cuando dos pueblos están unidos por el comercio y por los intereses materiales, es más difícil separarlos que cuando su alianza descansa únicamente en conexiones políticas.

Apremiado por las potencias y quizá temeroso del porvenir, Mahmud mostróse dispuesto á reconocer á Mehemed-Ali el derecho á dejar como herencia á su mujer y sus sucesores el Egipto, si le devolvía el gobierno de Siria. El virrey ni siquiera se dignó contestar á este ofrecimiento, y como no depusiese su actitud rebelde, el Sultán se decidió á jugar el todo por el todo. A este efecto, y sin previa declaración de guerra, por entender que se trataba simplemente de castigar á un súbdito desapoderado, invadió con cien mil

hombres los distritos de Adana y Alepo. Ibrahim, que le salió al encuentro, rehuyó, por consejo de Francia, toda acción de guerra, con lo que, envalentonado Mahmud, á la vez que aumentaba su ejército, declaró, el siete de Junio de mil ochocientos treinta y nueve, traidor y rebelde á su virrey. Imposible fué, después de esto, evitar la batalla, que se riñó en Nerib el veinticuatro de Junio, con tal desgracia para las tropas fieles, que en ella perdieron cuatro mil muertos, doce mil prisioneros, ciento sesenta y dos cañones y veinticinco mil fusiles. Coronó este desastre la sumisión sin pelear de la marina de guerra turca al virrey de Egipto. Seis días después, moría en Constantinopla, víctima del más acerbo dolor, Mahmud, dejando por sucesor á su hijo Abd ul-Medjid, joven de diez y seis años.

Ante el temor de que Rusia intentara aprovecharse de la crítica situación de la Puerta, ofrecióse de nuevo como inminente la guerra europea. Todas las potencias decretaron armamentos en grande escala. Pero el peligro se conjuró. Gracias á Metternich, resuelto campeón del *statu quo*, el gobierno otomano recibió, cuando menos lo esperaba, una nota colectiva, firmada el veintisiete de Julio de mil ochocientos treinta y nueve por los representantes de Francia, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, manifestándola haberse convenido las cinco potencias, respecto á la cuestión de Oriente, é intimándola á abstenerse de toda determinación definitiva sin su concurso. ¡Extraño espectáculo! Turquía, la enemiga jurada de Europa por sus instituciones, por su religión y por cuanto representaba, amparada por las potencias europeas y prolongando su vida casi extinta merced á los buenos oficios de éstas. De Austria, Rusia y Prusia, enemigas de toda novedad, se explica; mas ¿cómo justificar su conducta la liberal Inglaterra y la revolucionaria Francia? Ciertamente que tamaña inconsecuencia evitaba por el pronto graves males; pero no lo es menos que la cuestión quedaba en pie y necesitada de solución. Rusia, cediendo á la necesidad, se avino á rectificar el tratado de Unkiar-Sklessy, que debía expirar al año siguiente, mil ochocientos cuarenta y uno, en el sentido de que, si Turquía necesitara ajeno auxilio, Rusia podría prestárselo, pero en nombre y como mandataria de Europa y con la declaración de que jamás la escuadra rusa cerraría el Bósforo ni los Dardanelos á las marinas europeas.

Seguía en tanto Francia su incierta política, simpatizando, como siempre, con el virrey de Egipto, y como se viera claro su doble juego, hallóse, cuando menos lo esperaba y bien á pesar suyo, excluída de la conferencia. Los gobiernos de Austria y Rusia se entendían perfectamente; ambos y el de Prusia miraban con prevención á Francia, por sus antecedentes y por temerse, aunque sin razón bastante, que aspirase á tomar el desquite de sus desdichas de mil ochocientos quince; Inglaterra andaba desavenida con Francia por sus encontrados intereses en Egipto, y como Francia se resistía á separarse de Mehemed-Alí, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia firmaron el tratado de quince de Julio

de mil ochocientos cuarenta, comprometiéndose á procurar por sí solas la realización de su común propósito: el gobierno de Luis Felipe bajó la cabeza y dejó hacer. La opinión pública en Francia, sobre todo en París, gritó venganza; pero ya era tarde. El único responsable de la vergonzosa preterición era Luis Felipe, que, en su empeño de ser, como él se decía, «el Napoleón de la paz», no secundó á Inglaterra cuando más de una vez quiso resolver la cuestión á cañonazos. «No me dejaré llevar de mi pequeño ministro», dijo el Rey viendo á Thiers ocupado en equipar buques, comprar armamentos y reorganizar batallones, y lo cumplió, sustituyéndole por el gabinete Soult-Guizot, el cual se apresuró á declarar que, arrojada Francia de la Cuádruple alianza, esperaba para volver á entrar en ella que su dignidad y el mantenimiento de sus derechos se lo permitieran.

Las cuatro potencias acordaron que el Sultán enviase á Mehemed-Alí un *ultimatum* ordenándole la restitución de Candía, las ciudades santas de Arabia, Adana y el Norte de Siria, y ofreciéndole el gobierno hereditario de Egipto y el vitalicio del pachalicato de Acre, bien entendido que, si no aceptaba el acuerdo en el plazo de diez días, sólo se le cedería el Egipto, y si dejaba transcurrir otros diez sin aceptar, no se le aseguraría nada; y en tanto, los estrechos de los Dardanelos y Constantinopla quedaban bajo la salvaguardia de las cuatro potencias y éstas obligadas á proceder á la ejecución de lo convenido. Mehemed-Alí, confiado en su fuerza y en la amistad de Francia, que de nada le sirvió, no se dió prisa á contestar á la intimación, y mientras su hijo Ibrahim procuraba dominar una sublevación del Libano, que se había propagado á casi toda la Siria, y antes que á Constantinopla hubiera podido llegar la respuesta del virrey, la escuadra anglo austriaca bloqueaba las costas de Siria y bombardeaba y tomaba el once de Septiembre la ciudad de Beyruth. Francia acudió, pidiendo se otorgara á Mehemed-Alí el gobierno hereditario de Egipto y el vitalicio de Siria; mas el Diván, movido por las cuatro potencias, contestó deponiendo al pachá, conforme á lo manifestado en el *ultimatum*. Siguiendo su paseo, la escuadra aliada se hizo dueña de todas las poblaciones de la costa, desde las que se comunicó la sublevación al interior por toda la Siria, y animada por éxito tan inesperado, se presentó ante Alejandría. Entonces Mehemed-Alí cedió, firmando con el almirante inglés Napier un convenio, por el que se ofreció á evacuar la Siria y quedarse sólo con el Egipto á título hereditario. Mas el Sultán, influido por Inglaterra, que desautorizó á su almirante, declaró nulo aquel convenio, entendiéndole que lo más que podía otorgarse á un súbdito rebelde era una pensión vitalicia. Francia, empero, insistió en sus reclamaciones á favor del egipcio, y ayudada de Austria, segura ya de que sería secundada por Luis Felipe en su política antirrevolucionaria, la conferencia de Londres accedió á reconocer, el treinta y uno de Enero de mil ochocientos cuarenta y uno, á Mehemed-Alí el derecho de conservar el virreinato de Egipto hereditariamente. El Sultán, siempre influido por Inglaterra, puso algunos inconvenientes á esta concesión, pretendiendo reservarse el dere-